

Cruz penetró en las primeras calles de la ciudad, comenzó á entrever la realidad, y el miedo dispipó algo su embriaguez.

—¡Calla! dijo, pues es verdad..... y yo que creia estar en el campo de nuestro general Corona!

V

Salida del 1.º de Mayo.—El coronel Rodriguez, de la guardia municipal de México.—El subteniente Domet.—Exequias del coronel Rodriguez.—Desaliento.

No habian pasado tres dias cuando nuestra posicion era ya peor que ántes de la salida del 27.

Para remediarla, Miramon quiso intentar una nueva salida sobre el Cimatario, pensando que el resultado de la primera podria ser superado por la segunda.

Con el objeto de facilitar la ejecucion de esa salida, Miramon quiso ántes tomar la hacienda de Callejas y la garita de México, con los grandes edificios que la rodean, y sobre los cuales, segun se recordará, se habia hecho inútilmente un reconocimiento el 11 de Abril.

Apoderándose de la hacienda de Callejas y de la garita de México, se ensanchaba nuestra línea, se alejaba al enemigo de la plaza y se podia hacer salir á nuestras columnas á los llanos situados detras de estos dos puntos, cuya importancia habian comprendido en el acto los republicanos habiéndolos fortificado lo mejor posible; en fin, se podia flanquear muy fácilmente las paralelas del enemigo.

La víspera se mandó levantar, frente á San Francisquito, por la 3ª compañía de ingenieros, algunas obras y una batería, para batir en brecha la hacienda de Callejas y proteger á los nuestros en caso de retirada.

En la mañana del 1º de Mayo se formaba en San Francisquito una pequeña columna de nuestra infantería.

Tomó el mando de ella el coronel Rodriguez, de la guardia municipal de México.

Se componia de cazadores franco-mexicanos, de la guardia municipal de México, del 3º de línea y de un destacamento de ingenieros. Estos batallones, sobre todo los dos primeros, estaban considerablemente debilitados por los vacíos que los últimos combates habian hecho en sus filas. Pronto llegaron el Emperador y los generales Miramon y Arellano.

Rodriguez fué llamado á presencia del Soberano. Era un hermoso jóven de bigote rubio, antiguo ayudante del Emperador, que se habia distinguido desde el principio del sitio.

—«Rodriguez, le dijo el Soberano, la importancia del ataque que vais á mandar, es capital para la salvacion de la plaza. No dudo que cumplireis como siempre con vuestro deber. Os prometo una recompensa digna de vos.»

—Señor, respondió inclinándose el noble y valiente coronel, hoy me nombrará Vuestra Majestad general, ó seré muerto.

Inmediatamente Rodriguez organizó su pequeña columna, miéntras que el general Arellano batia en brecha la hacienda de Callejas, fuerte edificio que era necesario tomar ántes de llegar á la garita.

Antes de lanzarse al ataque, Rodriguez examinó con cuidado las dificultades que tenia que vencer para alcanzar el triunfo. Los que se hallaban á su lado pudieron notar que palidecia; su mirada se extravió. Sin duda con esa intuicion peculiar á ciertos hombres, algo le decia que iba á morir.

Mandó llamar á Pradillo, oficial de órdenes del Emperador, su amigo, y le confió su cruz de Guadalupe, una carta para su novia, otra para una vieja tia que le habia educado, suplicándole hiciera llegar todo á su destino.

Después, reponiéndose enteramente, se colocó á caballo al frente de su pequeña columna. Presentarse á caballo ante el enemigo en semejantes circunstancias, era exponerse demasiado. Se le hizo observar, y contestó, como siempre, que siendo mal andador prefería ir á caballo, y que así su vista abarcaba más fácilmente á todos los que tenía á sus órdenes.

Habiendo sido suficientemente cañoneada la hacienda de Callejas, nuestras piezas se callaron mientras que la columna, con Rodríguez á la cabeza, se lanzaba sobre la hacienda, de la que se apoderó sin disparar un solo tiro.

Conforme á las órdenes que había recibido, Rodríguez habría podido detenerse un momento; pero entusiasmado con aquel primer triunfo, quiso tomar también la garita de México, y continuó su marcha, animando á su tropa con la acción y con la voz.

— ¡Vamos, cazadores, adelante! decía á los franceses, cuya lengua hablaba con extraordinaria pureza. ¡Adelante, muchachos! gritaba á los mexicanos; — y todos corrían bajo un fuego homicida.

Llegados cerca de la garita, un fuego de fusilería terrible, dirigido desde las innumerables troneras que los republicanos habían abierto en las paredes, estalló por todas partes.

En aquel momento supremo, Rodríguez cayó con su caballo; una bala le había atravesado el corazón. Una vez muerto el hombre tan fuertemente templado, que atraía al peligro á un millar de hombres como el imán atrae al hierro, se produjo un fatal movimiento de vacilación entre nuestros soldados, vacilación que se convirtió muy pronto en una retirada precipitada. Algunos cazadores y guardias municipales que habían ya escalado un muro de la garita, fueron abandonados, mientras que todas las reservas del enemigo llegaban á tomar parte en el combate. Entonces los republicanos cambiaron de papel; de asaltados se convirtieron en asaltantes.

El cuerpo de Rodríguez iba á ser abandonado; algunos cazadores que le habían sacado de debajo de su caballo se habían visto obligados á soltarle inmediatamente. Domet, ese valiente oficial de quien he hablado, no quiso dejar el cadáver de su coronel en manos del enemigo. Se lanza, seguido de dos valientes soldados mexicanos. Estos dos soldados caen heridos de muerte, sobre el mismo cuerpo de Rodríguez; Domet no se desanima; cogiendo el cuerpo le arrastra llamando á algunos guardias municipales que acuden á su voz, y llevan á Rodríguez á nuestras líneas.

La desmoralización era completa entre los nuestros; el enemigo, más numeroso y más audaz que de costumbre, recobró la hacienda de Callejas, y por un momento creí que iba á entrar á la ciudad por San Francisquito.

El coronel Carrillo, personaje importante entre los republicanos, fué herido de un sablazo y tirado de su caballo por el valiente Domet, que iba á hacerle prisionero, cuando un soldado, al pasar, disparó al desgraciado coronel un tiro á quemarropa, que le remató.

Desde el campanario de la iglesia de San Francisquito, el Emperador y Miramón descubrían toda la acción: una bala de cañón de las del Cimatario, cayó á su lado y los llenó de piedras. Viendo Miramón que al fin era vano, por entonces, todo esfuerzo, dió orden de que regresaran las tropas; pero el enemigo se había avanzado tanto, y sus tiradores se habían colocado tan bien, que las piezas que defendían las avanzadas de nuestra línea estuvieron á punto de ser tomadas, y lo habrían sido á no ser por la compañía de ingenieros, que las defendió valerosamente.

Los artilleros caían unos tras de otros, y su joven oficial perdía la cabeza.

El general Arellano lo advirtió y fué él mismo á dirigir el

fuego. Era un momento magnífico para él y para los artilleros, porque todos tenían fijos en ellos los ojos. El general dirigía la puntería de las piezas, unas después de otras. Entre los que cayeron á su lado se hallaba un viejo sargento que habia ocupado el puesto del cabo encargado de tapar el oído del cañon y de apuntar. Este viejo soldado mostraba una sangre fria admirable. Al ver sus movimientos se le habria creído en el ejercicio.

El general Arellano, que observaba á cada momento la sangre fria del valiente sargento y tenia los mejores informes de él, pensaba ya en proponerle al Emperador para una recompensa, cuando al volverse le ve en tierra, con el pecho atravesado por una bala.

Nuestro comandante general de artillería, escapado milagrosamente, no fué tocado; pero al volver á la Cruz con el Emperador y Miramon, recibió una contusion grave producida por una bala que fué á espirar en un lugar cubierto y donde nadie habria temido nunca ser herido.

El enemigo no intentó el asalto como se temia, y se retiró. El fuego cesó de una y otra parte, y nuestros batallones, después de haberse formado, volvieron á sus líneas. El desaliento era completo, sobre todo en los cazadores, cuyas pérdidas habian sido numerosas. Los oficiales expresaban en alta voz delante de los soldados, cuánto sentian la muerte de sus camaradas acaecida en aquella fatal jornada, y mezclaban palabras de descontento. Se moria uno de hambre, no habia sueldo..... La situacion era cada vez más crítica..... Márquez no volvia nunca..... No se les dejaba un momento de descanso..... Se les enviaba al matadero todos los dias..... Su batallon estaba destruido en sus tres cuartas partes.....

Todo esto era demasiado cierto; pero exageraban al asegurar con despecho que no se volverian á batir. Al contrario,

si el enemigo se hubiera presentado, habrian vuelto al combate con ardor. Su comandante, el mayor Pitner, oficial austriaco, se hallaba herido. Se habia visto obligado algun tiempo ántes á levantar la tapa de los sesos á un soldado, por demasiado insubordinado.

Fuí al *descanso* del hospital para mandar enterrar al viejo sargento de quien he hablado, y á algunos artilleros.

A la vista del cuerpo ya tieso y helado, del semblante blanco como la cera, tristes restos del hermoso y valiente coronel Rodriguez, sentí, por primera vez, que á mi vez se apoderaba de mí una especie de desaliento.

Sus funerales se verificaron al dia siguiente.

Durante la ceremonia fúnebre, interrumpida solamente por el lejano ruido del cañon, el Emperador, que queria mucho á Rodriguez, pareció estar muy afligido. Miramon llegó al concluir la ceremonia, se acercó al Emperador y se excusó de haber ido tan tarde. No le habian avisado á tiempo. Cuando se cargó el cuerpo de Rodriguez para colocarle en la tumba donde duerme hoy el eterno sueño, el Emperador, cuya alma era tan sensible, no pudo contener sus lágrimas. La concurrencia se hallaba muy conmovida. Los restos de lo que se llamaba Guardia municipal de México, asistian á la ceremonia. Las lágrimas corrian por los abronzados semblantes de esos valientes soldados indígenas, cuyo valor, cuya disciplina, cuya modestia y cuya abnegacion eran dignos de todo elogio.

Sea que se presintiese el porvenir, sea que el carácter de la ceremonia hubiese influido sobre todos, nos separamos presa de una extraña emocion. La pérdida de Rodriguez era irreparable para nosotros.

Los sitiadores aumentaban sus trabajos de ataque, el número de sus baterías y su efectivo.

El sitio se estrechaba cada dia más. Ninguno de nuestros

correos podía lograr pasar por entre los sitiadores. Muchas veces veíamos á algunos de ellos colgados al frente de nosotros.

El hambre se hacia cada dia mas sensible.

Se comenzaba á creer que Márquez habia sido batido, como lo aseguraban los republicanos, y que no se recibirían auxilios.

VI

Salida del 3 de Mayo.—Combate de San Gregorio.—El capitán Echagaray.—Medios puestos en práctica para combatir el hambre y la desmoralización.—El Emperador hace justicia á sus tropas indígenas.—Conducta de las tropas indígenas para con el Emperador Maximiliano.

Un hombre que jamas desesperaba de nada, el general Miramon, propuso al Emperador hacer una nueva tentativa sobre el Cerro de San Gregorio, al Norte de la ciudad, donde se podían renovar los milagros del Cimatario, ó por lo ménos reparar el mal efecto de nuestra última salida.

El cerro de San Gregorio era mas difícil de tomar que el Cimatario; pero para lograrlo, Miramon contaba con un falso movimiento del enemigo, que provocaría él mismo. En efecto, habia notado que Escobedo tenia siempre dispuestas reservas considerables para enviarlas inmediatamente en auxilio del punto de sus líneas amenazado, y que esas reservas nos arrebatában muchas veces la victoria.

Resuelto á obrar, en consecuencia, propuso al Emperador un plan en el que dominaba la siguiente idea:

El general Castillo ejecutaría el 3 de Mayo, al alba, una salida falsa al Sureste, sobre la hacienda de Callejas, de manera á hacer creer á los republicanos que iba á hacerse una nueva tentativa sobre aquel punto de la garita de México. Se-

gun su costumbre, Escobedo mandaría á paso veloz todas sus reservas hácia aquel lado. Él, Miramon, aprovechándose entonces de aquella ocasion, saldría por el otro extremo de la ciudad, al Noreste, con una columna de infantería, y limpiaría los cerros de San Gregorio y de San Pablo como lo habia hecho con el Cimatario el 27 de Abril.

La celeridad de estos movimientos no dejaría á Escobedo, sorprendido, tiempo para mandar volver sus reservas, y cuando advirtiera la estratagema seria demasiado tarde; Miramon ya establecido sólidamente en las alturas conquistadas, daría una segunda y decisiva acción á los que se presentaran de nuevo. Si este último combate nos era favorable, estaban perdidos los republicanos.

El plan de Miramon, tan sencillo, expuesto con el lenguaje atrevido peculiar á este general, agradó al Emperador, que le aceptó, porque no esperando ya el regreso de Márquez, comprendía que debíamos salir de nuestra falsa posición por nosotros mismos y como se pudiera.

En la noche del 2 al 3 de Mayo, Miramon tomó todas las disposiciones necesarias para asegurar el éxito de aquella tentativa, en la cual fundaba grandes esperanzas.

La columna de salida, compuesta de los batallones del Emperador, de Iturbide, de Celaya, de la guardia municipal y del 3º de línea, estaba en su puesto antes de la aurora. Debían apoyarla dos baterías y la artillería de la línea del Norte.

Miramon mandaba en persona y esperaba con impaciencia el momento del combate, que no debía comenzar hasta despues de la falsa salida de Castillo sobre Callejas, la cual, segun se recordará, tenia por objeto atraer de aquel lado la reserva enemiga.

Por desgracia, el general Castillo no ejecutó á tiempo el movimiento importante de que estaba encargado. Pasó el mo-

mento del ataque sin que su cañon se dejase oír. Miramon hervia de impaciencia, pero el tiempo urgia; cada minuto que trascurria disminuia nuestras probabilidades de buen éxito. Desesperado, Miramon resolvió intentar la salida á pesar de todo.

Los republicanos, vigorosamente atacados por nuestra columna, fueron desalojados de su primera línea, y despues de la segunda. Uno de sus batallones, encerrado en un cementerio, se hallaba á punto de rendirse: se lo impidieron sus oficiales, que á fuerza de súplicas, de amenazas y de golpes, le obligaron á comenzar de nuevo el fuego. Sin embargo, el enemigo no tardó mucho en ser completamente derrotado.

Pero he aquí que nuevos combatientes aparecen en masa y que un fuego homicida llega á sorprender nuestra derecha.

El teniente coronel Ceballos, del batallon del Emperador, cae herido mortalmente; el teniente coronel Sosa, que habia reemplazado hacia tres dias á Rodriguez en el mando de la guardia municipal, y el comandante Franco, son muertos, así como un gran número de oficiales.

Eran las reservas de Escobedo que el general Castillo no habia atraído hácia él. Iban á tomar parte en el combate.

Fué absolutamente necesario retirarse; lleno de rabia Miramon, tuvo que resolverse á ello. Los cañones tomados al enemigo fueron abandonados, la guardia municipal acuchillada, y la muerte produjo espantosos vacíos en las filas de los imperiales.

En esta accion los republicanos estaban mandados por uno de sus mejores gefes, Treviño, que fué herido en la pierna.

El general Miramon se presentó al Emperador, que le estrechó la mano con efusion; este elocuente testimonio de amistad queria decir:

—General, vuestra tentativa ha fracasado, pero no es culpa

vuestra, sino del destino. Vuestra conducta ha sido admirable, y podeis contar mas que nunca con toda mi estimacion.

Las tropas desfilaron. Cuando llegó su vez al 3º de línea, Miramon pidió al Emperador permiso para presentarle á un oficial de ese batallon, el capitán Echagaray.

—Señor, dijo sencillamente el general señalando al capitán, este es el oficial mas valiente de los de Vuestra Majestad.

El capitán Echagaray era un jóven de alta estatura y de fiero continente. Su padre habia perecido en las guerras civiles, y tenia un tio entre los principales gefes de los sitiadores.

Durante la accion, el jóven capitán, á la cabeza de su batallon, se habia lanzado contra una pared del cementerio, de donde se escapaba un fuego nutrido que hizo retroceder al 3º de línea.

Echagaray, viéndose solo, cogió varios fusiles por el cañon, los arrancó de las troneras y los llevó á sus soldados. Despues fué á recoger al teniente coronel Sosa, espirante y abandonado bajo el fuego del enemigo. De algunos hombres que le acompañaban en esta última mision, uno solo volvió sano y salvo.

Para recompensarle, el Emperador le nombró comandante en reemplazo de un oficial superior llamado Rentería, muerto algunos dias ántes.

A fin de paliar el mal efecto que produjo el fracaso de la salida del 3 de Mayo, se hizo correr la voz de que se habia suspendido el ataque porque, á favor del combate, el sargento de Cazadores Guadalupe Valencia se habia introducido á la plaza con despachos del general Márquez que anunciaban la llegada del cuerpo auxiliar.

Esta noticia podia ser cierta; no fué acogida con demasiada desconfianza, y á fuerza de oirla repetir se acabó por creer en ella. Sin embargo, en atencion á la debilidad de nuestro efec-

tivo, á la muerte de nuestros mejores oficiales, y por otra parte al aumento incesante del número y de los medios de accion de nuestros adversarios, los generales Miramon y Arellano renunciaron á todo proyecto de salida.

Habia, ademas, dos enemigos formidables que combatir: el hambre, la desmoralizacion y todas las miserias que de ellas se derivan. Se combatieron por todos los medios posibles.

Para impedir el hambre, el general Castillo publicó un bando que condenaba á muerte á todos los que no denunciaran, en el término de veinticuatro horas, los granos y el maiz que hubieran ocultado. Creo inútil decir que nunca se ejecutó ese decreto al pié de la letra. Al ménos se consiguió así hacer salir algunos víveres de los escondites.

Se continuó matando los caballos y las mulas, que perecian por falta de forraje.

Los habitantes de la ciudad y aquellos de nosotros que no podian mantener sus caballos y sus mulas, se veian obligados á venderlos en cualquier cosa á los carniceros. Animales que comunmente valian ciento cincuenta ó doscientos pesos, se vendian por media onza de oro.

Para tener un poco de dinero se impusieron préstamos forzados á todos los propietarios y comerciantes de alguna importancia. Estos, reunidos en junta, nombraron una comision que cuotizó á cada uno de ellos imparcialmente; pero muy pronto hubo que renunciar á este último medio, demasiado ruinoso para los habitantes.

El oro no se encontraba y habia subido á precios fabulosos. La media paga que se nos distribuia con bastante regularidad al principio del sitio, era cada vez mas rara.

Contra la desmoralizacion se empleó una estratagema autorizada en semejantes circunstancias. El gefe de estado mayor mandó publicar cartas supuestas del general Márquez y del

ministro Vidaurri anunciando su marcha en direccion nuestra, y excusando su tardanza con las dificultades que habian encontrado y vencido. Detallaban la composicion de sus diferentes divisiones y brigadas.

Estos documentos apócrifos, perfectamente redactados, reanimaron la esperanza en todos los corazones.

A pesar de la espantosa miseria en que todos nos hallábamnos sumidos, las deserciones no comenzaron á tener un carácter grave sino en los últimos dias del sitio, y los oficiales no manifestaron por eso ménos celo y abnegacion.

Al Emperador le agradaba hacer esa justicia á sus tropas mexicanas, y mas tarde habló de ellas con elogio al embajador de Austria el baron de Lago.

Los humildes soldados indígenas, abandonados y despreciados hasta entónces, observaban, en efecto, para con el Emperador Maximiliano, una conducta muy diferente de la de los austriacos y los belgas que habian ido de Europa para entrar á su servicio. Estos no cesaban de asaltarle con exigencias y reclamaciones de toda especie. Él, con su carácter caballeresco, les devolvió sus juramentos cuando vió que la situacion del Imperio se ponía verdaderamente mala.

En Querétaro, jamas soldado indígena alguno reclamó su sueldo, ni se quejó, aunque le hostigaran el hambre y los sufrimientos.

El Emperador visitaba las líneas todos los dias y se ocupaba activamente en aliviar nuestros males. Se veia que tenia grande empeño en reparar la gran falta política que se le habia hecho cometer no organizando un ejército nacional. Esto, agregado á la simpatía extraordinaria que se desprendia de él, hacia nacer en nosotros una irresistible necesidad de adhesion.